

50 años desde Yalta y todo lo demás

ES inevitable

conmemorar este medio siglo (1945-1995) repleto de transformaciones y traumatismos suficientes como para llenar toda una era. La peor guerra de la historia universal, el hundimiento y desprestigio definitivo de la Europa nacionalista, la descolonización consecuente (Oriente Medio, África, India, Vietnam...), la preponderancia del sistema comunista, su desplome estruendoso y los conflictos espasmódicos posteriores, la guerra fría, el encumbramiento americano y sus progresivas limitaciones, el renacimiento de una Europa supranacional, el prodigioso disparo tecnológico de los transportes, las comunicaciones y la informática... Y todo, a una escala planetaria de magnitud inédita. Cincuenta años en los que la sensibilidad colectiva ha envejecido estragada en el abuso de los cambios, al mismo tiempo que se alumbra el nacimiento de una civilización nueva. De todo este excesivo cincuentenario ¿qué es lo que celebramos ahora?

*Aunque no recordáramos más que los episodios finales de aquella guerra cruel, tendríamos materia suficiente y sobrada para hablar de «trascendencia». En estos primeros días de febrero tenía lugar la **Conferencia de Yalta**, que consagraba realmente la división de Alemania y, virtualmente, la de*

Europa, para cuarenta y cinco años. El 7 de mayo tuvo lugar la **capitulación de Alemania** tras las dramáticas muertes de los dictadores Hitler y Mussolini. Por aquellos días se iban descubriendo los atroces **campos de exterminio** (Auschwitz, Buchenwald, Majdanek, Treblinka, Mauthausen...). En agosto estallaban las bombas atómicas de **Hiroshima y Nagasaki** y se implantaba en el Pacífico la «pax americana». En total, unos 55 millones de muertos (20 de la Unión Soviética solamente). Todo esto necesita conmemoración depurada y exigente que nos devuelva la memoria histórica sin la cual difícilmente podríamos proyectar el futuro. Y la tendrá, Dios mediante, en estas mismas páginas.

El doloroso parto de una nueva civilización

ERA casi obligado que, después de la catástrofe monstruosa, tuviera que empezar una nueva época. El mundo, tal como lo vemos ahora, es muy diferente —peor y mejor— de lo que podían soñar, tras el gran cataclismo, los vencedores. ¿Qué podían hacer, qué quisieron hacer, qué hicieron para abrir caminos a la nueva historia que se deseaba? No fue fácil. En 1945, terminaba una guerra atroz, pero la paz no llegaba. Un enfrentamiento tenaz de ideologías contrapuestas que escondía malamente la ambición por el «dominium mundi» comenzaba pocos meses después, dividiendo maniqueamente a los hombres entre buenos y malos. La guerra fría no se limitó a la lucha de las superpotencias. Involucró a las poblaciones captando sus voluntades con artes diversas de tal manera que cincuenta años después —como lo estamos viendo en los conflictos post-comunistas—, la mitad que fue vencida apenas sabe acomodarse a la mentalidad capitalista de los vencedores.

Todo esto, pese a todo, no hubiera desbordado la medida de un gigantesco episodio, si junto a los acontecimientos del enfrentamiento político no se hubiera ido produciendo un inimaginable desarrollo tecnológico que ha desarbolado la civilización occidental previa colocando a la humanidad en situación de durísima crisis y, al mismo tiempo, forzándola a

abrirse a enormes e insospechados horizontes y posibilidades. Hoy día, la controversia ideológica ha quedado relativizada por otra división mucho más profunda: Norte y Sur, riqueza y pobreza, saciedad y hambre, inteligencia dinamizadora e ignorancia paralizante. Los cincuenta conmemorativos años de la Segunda Guerra Mundial, de la Era Atómica, del holocausto judío, de la grieta europea ya restañada, quedan ya como un despojo en formol, para que los especialistas los analicen y enriquezcan el futuro con las experiencias del pasado.

«*Er finstro*» de Velázquez

ESPAÑA lleva

demasiado tiempo caliente, demasiados meses, casi tres años perdiendo progresivamente la confianza al ir viendo caer los distintos mitos que se habían formado en los últimos quince años. El proyecto de una España justa, honrada, democrática, moderna... la modernidad de España, que tuvo su símbolo personalizado en Felipe González está teniendo un final trágico desde el punto de vista de la cultura política. El finiquito de esta época está siendo muy doloroso y demasiado prolongado. Este proceso degenerativo se está produciendo por sucesivas tensiones cada vez más fuertes durante el último trienio. Desde Filesa al GAL y pasando por Roldán, Rubio, Conde o De la Rosa, nuestra sociedad se ha visto sometida a un progresivo estiramiento como en un potro de tortura.

Esa tensión se ve mediatizada por el marco dramático producido por los medios de comunicación que realizan su labor exponiendo teatralmente los sucesos. La noticia no es información, es espectáculo. Esta estructura establece un clima de debate semejante a la tragedia shakespeariana. Quizás ese soporte dramático es el necesario para que el país realice la catarsis que necesita después de que los «santos» de la religión